

No Te Preocupes Por Daniel Linder

Nada, ni siquiera el temido trayecto al trabajo, iba a impedir que llegara a mi clase a tiempo. Si digo que voy a estar en algún lugar, voy a estar allí. No es tanto la distancia lo que detesto, sino el tiempo muerto arrastrándose en el tráfico de la hora pico. Pero entonces me recuerdo a mí mismo lo importante que es enseñar para mí y la satisfacción que obtengo hace que el viaje valga totalmente el esfuerzo.

Mi rutina era asegurarme de salir con suficiente anticipación, antes de las 3 pm, para llegar allí a las 6 pm. Generalmente toma alrededor de tres horas llegar de San Francisco a Sacramento con tráfico, siempre y cuando mi auto esté en buen estado mecánico y mi tanque de gasolina esté lleno.

Cuando hace un día hermoso y estoy pasando el tiempo escuchando música, el tráfico se convierte en algo sin importancia. Era uno de esos días perfectos de sol y cielos azules que podías ver para siempre.

Algo en la carretera a lo lejos llamó mi atención. No era una roca. Parecía una pieza de metal de chatarra de forma extraña o algo así y se hacía más grande mientras yo aceleraba hacia ella, sin manera de esquivarla.

Tuve que pensar rápido. ¿Qué es eso? ¡Caramba! Voy a tener que pasar por encima. ¿Y si lo atropello? Mi auto acelerado probablemente lo aplastaría como una tortilla. Si era lo suficientemente pequeño, me lo perdería por completo. Pero no lo era. ¡Ay, no! Escuché un estallido aparentemente inocuo al pasarlo y no pensé mucho más en ello.

Después de varios kilómetros y minutos después, vi al conductor en un auto que me adelantaba tratando de llamar mi atención. Pensé que estaba señalando mi auto. No pude entender lo que me estaba intentando decir. Todo parecía bien, así que seguí adelante.

Entonces, un minuto o dos después de eso, vi un enorme camión en mi espejo retrovisor y el conductor me hacía señas para que me detuviera, agitando las manos para que saliera de la carretera. No sabía qué hacer. Generalmente, los conductores se cuidan entre sí, así que pensé que era mejor hacer caso a su llamado de salir de la carretera y averiguar qué diablos estaba pasando. Él me siguió detrás y se detuvo junto a mí. Bajé mi ventana y lo miré.

"Algo está goteando de su auto," gritó.

"¿Goteando?" repetí, sin estar seguro de haberlo escuchado correctamente. Asintió. Le agradecí con un gesto mientras se marchaba.

"Vaya, ¿qué podría estar goteando?" Me incliné para mirar debajo de mi auto y vi un líquido transparente, no agua, saliendo como un grifo. No podía distinguir de dónde venía. Deduje que tenía que ser mi tanque de gasolina. Esa cosa sobre la que pasé, fuera lo que fuera, debe haber perforado mi tanque de gasolina.

Luego revisé mi medidor de gasolina para ver cuán lleno estaba. Ya estaba por debajo de la mitad, lo que me sorprendió dado que había llenado el tanque esa mañana. Mientras estaba sentado mirando el medidor de gasolina, lo veía moverse gradual y constantemente hacia vacío.

Los autos pasaban zumbando. No tenía teléfono. No había teléfonos celulares en ese momento. Me quedé allí reuniéndome y pensando en qué hacer. "¿Iba a tener que quedarme sentado hasta que mi auto se quedara completamente sin gasolina?" Seguía mirando mi espejo lateral, esperando ver un auto de policía, pero no tuve suerte.

Para empeorar las cosas, noté un viejo camión de plataforma estacionado a unos diez metros detrás de mí, que no estaba allí cuando me detuve. Empecé a preguntarme qué estaba haciendo ahí. "¿Me estaban vigilando?" No podía distinguir si había alguien en él.

Luego vi la puerta del auto abrirse y observé una sombra de espejismo acercándose rápidamente. Era de piel oscura, un hispano de complejión mediana, sin afeitarse, tatuajes en los brazos, quizás relacionados con pandillas. Estaba buscando una pistola o arma.

"Uy, ¿qué quiere de mí?" "¿Qué me va a hacer?"

Sin duda, en ese momento mi vulnerabilidad me golpeó fuerte; atrapado al lado de la carretera en un auto, sin manera de pedir ayuda y ni siquiera seguro de dónde estaba. Mi corazón comenzó a latir más rápido.

Me preguntó en español: "¿Problema?" Al principio, interpreté eso como que me estaba confrontando sobre tener un problema con él. Contuve la respiración sin estar seguro de qué decir. No iba a explicarle lo que había pasado cuando era evidente que apenas hablaba inglés.

Con un lamentable quejido y un resignado movimiento de cabeza, indiqué que sí tenía un problema, pero inmediatamente descarté la idea de que pudiera de alguna manera ser de alguna ayuda para mí. Prácticamente lo estaba alejando.

Entonces se me ocurrió que debería al menos darle el beneficio de la duda si, de hecho, estaba genuinamente tratando de ayudar, por increíble que me pareciera en ese momento. Así que me tomé el tiempo de mostrarle el problema inclinándome y señalando la gasolina que aún brotaba del tanque. Se agachó para mirar debajo del auto y vio de lo que estaba hablando.

Parecía perplejo y preguntó: "¿Qué hacer?" Yo tampoco tenía idea. Estaba completamente desconcertado, levanté las manos. Me di cuenta de que estaba reaccionando con disgusto por hacer una pregunta tan tonta, "¿Qué hacer?" cuando ninguno de los dos tenía respuestas. Pude cambiar mi atención a la posibilidad de que simplemente estuviera tratando de ayudarme, lo cual era difícil de asimilar para mí. Afortunadamente, él no se dejó afectar por mi mal humor. Dijo algo que parecía seguir repitiendo: "tanque de gas," como si acabara de poner uno más uno y se diera cuenta de cuál era el problema. Obviamente necesitaba un nuevo tanque de gasolina. Parecía estar pensando profundamente en qué hacer al respecto, como si tal vez supiera dónde podría conseguir uno nuevo.

Toda la situación me parecía irreal. Allí estaba yo en medio de la nada con mi tanque de gasolina casi vacío, con un extraño que no hablaba inglés, tratando de descubrir qué hacer. No podía imaginar por qué estaba allí, cuáles eran sus motivos o qué podría posiblemente hacer para ayudarme. No era su problema el que había que resolver. Era mi problema y dependía de mí y solo de mí resolverlo.

Empecé a hablarle. "Está bien. Sabemos cuál es el problema. Pero ¿cómo voy a conseguir un tanque de gasolina?" Miré mi reloj y fruncí el ceño cuando vi que ya eran las 3:30. Estaba tratando de recordar la corta lista de palabras en español que conocía. "¿Dónde? ¿Dónde? voy a encontrar un tanque de gasolina?"

Mientras estaba parado allí pensando profundamente, yo me estaba impacientando, sintiéndome como si estuviéramos perdiendo el tiempo, sus ojos se abrieron de par en par y levantó el dedo como si tuviera una solución. Luego señaló en la dirección a seguir e indicó que yo debía seguirlo.

Cuando miré para ver de qué estaba hablando, mi primera reacción fue echar por tierra toda la idea.

"¡Oh, no!" me dije a mí mismo. Todo lo que sabía era que íbamos en una dirección y hacia un área a la que de otro modo nunca iría por mi cuenta, ningún lugar para un chico blanco pequeño como yo. Pero no había otras opciones que seguir su liderazgo.

Tenía mis dudas sobre cuán lejos llegaríamos con la cantidad mínima de gasolina que quedaba en mi auto y lo último que quería que sucediera era quedarme varado en algún otro lugar donde no quería estar. Y todavía estaba pensando en llegar a mi clase a tiempo, esperando un milagro.

"Está bien. ¿De cuánto tiempo estamos hablando aquí?" pregunté. Afortunadamente, él sabía más inglés del que yo sabía español.

"Diez minutos."

"¿Cuánto tiempo?"

"Diez, veinte. No mucho."

"Está bien," me dije a mí mismo. No estaba seguro de cuánto tiempo era eso, pero no importaba. ¿Qué más iba a hacer?

Algo entonces cambió dentro de mí. Fue cuando estaba mirando sus cálidos ojos marrones, que mi miedo y paranoia se derritieron. Bajé la guardia cuando decidí confiar en él. A pesar de no conocer a este tipo de nada, adónde íbamos o cuánto tiempo llevaría llegar adonde íbamos, me preparé para una aventura. Entonces pensé para mí mismo: "Ni siquiera sé el nombre de este tipo."

Como si me acabaran de recordar que debía preguntar, dije: "Por cierto, ¿cuál es tu nombre?"

"Carlos."

Asintiendo agradecidamente y afirmando nuestra presentación, respondí a su vez: "Daniel."

Inmediatamente me di cuenta de que debería considerar su tiempo y energía y que no estaba desviando tiempo de algo más que tuviera que hacer al ayudarme, así que le pregunté:

"¿Trabajo?" "¿Qué?" Para explicar más en inglés: "¿Y tú? ¿No tienes que trabajar?"

"Está bien. No te preocupes." Interpreté eso como que me intentaba decir que era mensajero y que aunque sí tenía un paquete que entregar, podría hacerlo más tarde.

"Está bien," dije. "¡Vamos!"

Tal vez un par de kilómetros y unos minutos más tarde, Carlos finalmente se detuvo y yo aparqué justo detrás de él. Era increíble, un milagro, que hayamos llegado allí sin una gota de gasolina en el tanque. Salí del auto para saludarlo y agradecerle y empecé a mirar alrededor para entender dónde estábamos.

Cuando vi un área industrial con yardas de desguace a mi alrededor, el genio de Carlos resplandecía. Sabía lo que necesitaba, dónde conseguirlo y nos llevó allí. Estaba tan feliz y aliviado que le choqué los cinco.

Él y yo entramos juntos a la tienda, como si fuéramos amigos, y yo iba a ser su intérprete, para explicarle al dueño del depósito de chatarra lo que estábamos buscando. Resultó que tenían el tanque de gasolina para mi auto. ¡Gracias a Dios!

Entonces llegó la llamada de la realidad. "Iba camino a enseñar una clase, pero parecía que iba a llegar tarde, si es que podía llegar en absoluto. Mejor llamar para hacerles saber que cancelen la clase." Cuando le pregunté al dueño del depósito de chatarra si podía usar su teléfono, dijo que no tenían teléfono que yo pudiera usar. Pensé que había un poco más de tiempo para esperar, ver qué pasaba y hacerles saber en el último momento si era necesario.

Cuando salimos de esa tienda, había un policía parado junto a mi auto, como si yo estuviera en algún tipo de problema. Cuando le pregunté si había algún problema, dijo: "Sí, hay un problema. El auto está goteando gasolina y eso es un riesgo de incendio y no puede estar ahí." Cuando le expliqué mi situación, dijo que me daría unos minutos para que el auto fuera remolcado a algún lugar, de lo contrario tendría que multarme y haría que el auto fuera remolcado.

Carlos intervino. "No te preocupes. No te preocupes."

"Está bien," dije, "tenemos el tanque de gasolina en la parte trasera de su camión, pero todavía teníamos que hacer remolcar mi auto a algún lugar, pero ¿adónde?" Estaba mirando a Carlos con todas estas preguntas sin respuesta.

"No te preocupes."

"¿Qué quieres decir con no te preocupes?"

"Mi casa. Mi casa. Está bien."

"¿Qué voy a hacer con el auto?"

"Mi casa. Mi casa. No te preocupes."

Entendí que me estaba intentando decir que dejara el tanque de gasolina en su camión y que hiciera remolcar el auto a su casa y que lo encontrara allí cuando llegara.

Estaba tratando de entender de qué estaba hablando. "Está bien, entonces ¿vas a encontrarme en tu casa?"

Asintió afirmativamente. "No te preocupes," señalando el paquete en su camión que tenía que entregar. "Vuelvo. Veinte minutos."

"Está bien. ¿Dónde vives?"

"Daly City." "Está bien. Al menos sabía dónde era eso."

Las cosas empezaban a tener sentido, si solo pudiera creer que era posible que todo saliera bien después de todo (y que pudiera llegar a clase a tiempo).

Cuando llamé al chico de la AAA para el remolque, me preguntó la dirección a donde debía remolcarse el auto. Olvidé conseguir su dirección. "¡Espera!" Salí corriendo de la tienda, esperando que Carlos no se hubiera ido todavía, gritando: "¡Carlos! ¡Carlos!"

Debe de haberme visto en su espejo retrovisor porque dio la vuelta y regresó. "Dirección. Dirección. ¿Dónde vives?" Sin problema. Tomó un papel, buscó un bolígrafo y lo escribió, apenas legible pero suficiente para que yo pudiera leerlo.

Afortunadamente, el conductor del remolque sabía adónde ir. Parecía muy lejos, y se estaba haciendo tarde, ya eran las 5 pm. Esperaba que Carlos tuviera un teléfono en su casa que pudiera usar para cancelar la clase.

En un par de minutos, Carlos había llegado. Estaba ansioso por hacer la llamada. "¿Teléfono? ¿Teléfono?" Necesito usar tu teléfono, ahora, esperando que entendiera con mi pulgar en mi oreja y mi meñique en mi boca.

Me aseguré de nuevo: "No te preocupes. No te preocupes. No hay problema."

Carlos me indicó que fuera más allá de su escalera con portón, subiera el tramo de escaleras y entrara. Supongo que ya había informado a su familia de mi llegada porque todos estaban sentados en su sala de estar, esperándome e inmediatamente me invitaron a unirme a ellos para cenar.

"Muchas gracias. Teléfono solo. Gracias. Gracias."

Su esposa se presentó, así como sus dos hermosas hijas adolescentes y su hijo menor, todos ocupados haciendo sus tareas escolares. Me estaban golpeando con hospitalidad, invitándome a unirme a ellos para cenar, como si fuera familia. Por muy hambriento que estuviera, estaba tan absorto en mí mismo, teniendo que informar a la escuela de que no podría llegar, que me perdí el momento. Rechacé su oferta. (Y ahora me arrepiento de haberlo hecho.)

Cuando finalmente encontré el camino al teléfono, Carlos estaba tratando de decirme algo. "¿Dónde está la clase?"

Preguntándome por qué me estaba preguntando eso, respondí de todas formas. "Sacramento." Y le di un poco de su propia medicina, dije: "No te preocupes," ya que era una conclusión inevitable que tenía que cancelar la clase. "Está bien," murmuré para mí mismo. "Solo la reprogramaré. No te preocupes. No hay problema."

También le agradecí por todo lo que había hecho hasta ese momento. "Puedo tomar un taxi y volver por mi auto cuando esté arreglado." Todavía tenía que encontrar un lugar para repararlo.

"¿Sacramento?" preguntó. Sus ojos parpadeaban mientras trataba de calcular el tiempo y la distancia. Quise ahorrarle de desperdiciar su tiempo y energía tratando de ayudar. Intervine. "Dos horas. Al menos dos horas." No te preocupes (con mi lengua en la mejilla). No es gran cosa. Lo recuperaré. Una llamada telefónica. Un minuto. Empecé a marcar su teléfono.

Parecía que tenía una idea que quería que yo considerara, haciéndome señas de que dejara el teléfono para escucharlo. ¿Qué podría estar pensando posiblemente? Señalando su reloj y preguntando de nuevo: "¿A qué hora es la clase?" Traduje su pregunta pidiendo la hora a la que tenía que llegar.

Pensé que tal vez no me estaba entendiendo, y yo necesitaba sonar más enfático. "¡Es demasiado tarde! Tendría que alquilar un auto y no llegaría a casa hasta después de medianoche. Es demasiado tarde, no vale la pena el problema o el dinero."

"¿A qué hora de vuelta?" preguntó de nuevo. "¿Por la mañana?" Para satisfacerlo, dije: "Probablemente alrededor de las 7 am."

Dijo algo apenas audible.

"¿Qué?"

"Mi auto. Está bien." Tenía que estar bromeando. Dije: "De ninguna manera. Gracias, pero no gracias. Esa no es una opción." Ya había ido mucho más allá del deber y no podía hacer más.

"De verdad. Está bien. No te preocupes. No te preocupes. Yo arreglo tu auto."

"¿Qué?"

Otro momento irreal. Un tono de frustración estaba subiendo en mi voz.

"Está bien, déjame asegurarme de entender esto. Tomo tu auto esta noche. Manejo a mi clase y regreso por la mañana y tú vas a arreglar mi auto para cuando yo regrese." Mi cara se fruncía en incredulidad.

"No te preocupes. No te preocupes." Empecé a hablar para mí mismo. "¿Qué está motivando a este tipo? ¿Por qué está haciendo esto? ¿Qué saca de ello? ¿Cómo es esto posible? ¿Va a prestarme su auto por la noche y de alguna manera arreglar mi auto cuando debe trabajar al día siguiente? ¡Algo no está bien aquí. Es demasiado. Estaría aprovechándome. Esto es como ganar la lotería. Sería el mayor tonto en no tomar el dinero. Pero ¿cómo podría seguir algo que yo nunca haría yo mismo, pero que era natural para Carlos?"

Como dije al principio, si digo que voy a estar en algún lugar, voy a estar allí. Pero no sin que Carlos apareciera como mi ángel guardián. No pude reconciliar mi conflicto, pero decidí ir por ello y no mirarle los dientes a un caballo regalado.

Llamé a la escuela para hacerles saber que llegaría tarde pero que iba a llegar, aunque con una hora de retraso.

Cuando finalmente llegué a la clase, estaba volando de incredulidad. Tuve que contarles la increíble historia de lo que me había costado llegar allí. Todos participamos en la espontánea ronda de aplausos por lo que sonaba como una especie de milagro. Estaba en un estado alterado, todo se sentía irreal, y no creo haber captado todavía la enormidad de lo que había sucedido.

Cuando regresé a la casa de Carlos para recoger mi auto a la mañana siguiente, me recibió con una sonrisa orgullosa y radiante que me decía que estaba listo y funcionando. Llegó al punto de mostrarme el tanque perforado del que había que deshacerse, como si fuera algo normal.

Mientras estaba allí mirándolo listo para decirle adiós, subirme a mi auto e irme a casa, me golpeó. Estaba paralizado. No sabía qué decir o hacer. Solo agradecerle de nuevo, decirle adiós y probablemente no volver a verlo, no iba a ser suficiente.

Sentí un profundo sentido de gratitud que no podía expresar con palabras. Estaba tratando de racionalizar que no era como si yo no hubiera hecho nada, después de todo, me aseguré de llenar su tanque de gasolina, eso era lo mínimo que podía hacer. Pero no era suficiente. Entonces pensé en darle algo de dinero como propina o recompensa. "¿Cuánto dinero debería darle? No importa cuánto pensara, no iba a ser suficiente." Así que simplemente metí la mano en mi bolsillo y saqué todo el fajo de billetes que tenía, tal vez cien dólares.

Pero Carlos no lo aceptó. "No. No. No. Está bien. No te preocupes."

"No, no." Intenté anularlo. "Insisto." Y él seguía insistiendo: "No te preocupes. No te preocupes."

"Carlos, tienes que hacerlo, necesito que lo tomes." Empujé el dinero hacia su mano, a lo cual finalmente cedió. Todo lo que seguí diciendo fue: "Gracias. Gracias. Muchas gracias." Me sentí tan torpe e inadecuado, mis palabras tan huecas.

Carlos puso a prueba mis sensibilidades. Fue mucho más allá de lo inesperado; un acto aleatorio de bondad que no era aleatorio para Carlos. No quería nada a cambio. Parecía tan natural para él, como si fuera de otro mundo. Quizás lo era. Me dijo que era de Nicaragua. Quizás así es como las personas se tratan entre sí en Nicaragua.

Las probabilidades eran de un millón a uno de que yo me hubiera detenido alguna vez al lado de la carretera para un extraño y haber llegado tan lejos en mi camino. Si la situación fuera al revés, él sería el que estaría perdido sin salida, o alguien más se habría detenido para ayudar. Vaya, no sé si haría algo así incluso ahora.

Mientras pensaba en Carlos camino a casa, me estaba sumiendo en la desesperación, una decepción persistente conmigo mismo, cuestionando quién soy. Hablo sobre la conexión y la intimidad todo el tiempo, pero nunca actuaría tan amablemente de manera espontánea como lo hizo él con un extraño. Nunca se me ocurriría.

Aquí estoy, un maestro que habla sin parar sobre que está bien necesitar ayuda, aceptar ayuda y qué alivio es recibirla, pero nunca sobre ofrecerla como un acto aleatorio de bondad. Me sentí culpable y avergonzado por la bondad que Carlos me otorgó.

Había todos estos sentimientos mezclados que no podía ordenar. Estaba eufórico por la hazaña de haber llegado a mis clases contra todo pronóstico. Me sentía eternamente agradecido por el milagro de lo que había sucedido. También estaba humillado y listo para abrazar la creencia de que ayudar y ser más amable entre nosotros, con todos los demás todo el tiempo, es natural. Pero también me quedé hundido y preguntándome por qué no puedo estar a la altura de mis propias expectativas.

Daniel A. Linder, MFT, es un Terapeuta Matrimonial y Familiar licenciado en práctica privada en el área de la Bahía de San Francisco.